

## MIRANDO LAS ESTRELLAS

Mira las estrellas del cielo. Es una despejada noche de verano en la que la brisa sopla fresca y agradable. Agita las ramas de los pinos que le rodean, acariciándole el rostro. Es una noche similar a aquella en la que conoció a Ainara...

*... Fue en la boda de un amigo. Ella lucía un increíble vestido. Todo el mundo se había fijado en ella, estaba espectacular. Incluso fue criticada. Él oyó decir "esa ha venido a dar la nota. Si todo el mundo la mira". Durante la fiesta, en los jardines del hotel en que se celebraba, con una brisa similar y las estrellas observándoles, él se le acercó y le propuso bailar. Ella aceptó. No fue un buen baile. Él jamás había sabido bailar, se sintió torpe y entumecido. Sin embargo, ella no había mencionado nada al respecto. ¿Y eso había sido bueno? A la vista de lo sucedido supuso que sí. Aunque aquella noche el baile no fue más que eso. Un contacto aturrullado y desgarrado. Sus amigos se metieron un poco con él, por no aprovecharlo, pero Sergio no había querido ni insinuar algo así y no acertaba a saber por qué. Suponía que se había visto superado por tanta belleza y accesibilidad.*

Sigue mirando las estrellas, refulgiendo con estridencia, mientras recuerda aquellos momentos en el silencio y la quietud de aquella magnífica noche estival. ¿Silencio? No, algo rechina cerca de él aunque no puede identificar qué es ni de donde procede. "Son las ramas de los árboles agitadas por el viento". Pero es un sonido metálico.

*Un día le llamó su amigo, el nuevo esposo. Aún era verano. No había pasado mucho tiempo desde la boda. Tres semanas, quizá. Sergio estaba disfrutando de sus vacaciones de un modo sosegado, al menos durante el día. Casi siempre había un plan nocturno, aunque fuese tomar una cerveza en cualquier terraza de verano. Pero Juan, recién casado, había dejado de ir a aquellas reuniones, al menos de un modo habitual. Por eso cuando descolgó y Juan la propuso ir a tomar unas cervezas estaba más que predispuesto a aceptar.*

- *Claro que sí. No tengo nada que hacer. Además, hace mucho que no nos vemos.*
- *Por cierto, Sergio. Te tengo preparada una sorpresa.*
- *¿Cuál?*
- *Te acuerdas de la chica de la boda. Con la que bailaste.*
- *Sí.*
- *Va a venir también. En realidad, es una cita preparada. A ella le gustaste y quería quedar contigo, pero no sabía como. Es amiga de mi mujer y las dos lo han arreglado. Se supone que yo no tenía que decirte nada, pero he decidido pasar de eso.*
- *¿Le gusté?*
- *Sí, tampoco es tan increíble.*
- *Esa tía es guapísima.*
- *Estás de suerte entonces.*
- *Pues sí.*

*Así que esa noche Ainara y él volvieron a verse. Fue una noche muy agradable. Cenaron en un restaurante de cocina gallega. Bebieron vino "Ribeiro", comieron pulpo a la gallega y otras exquisiteces. El fresco zumo de uva, le hizo relajarse un poco y también sentirse mejor. Ella estaba genial, más sencilla que el día que la conoció, aunque eso hacía que la viese desde un punto de vista más próximo. Y la noche, estrellada y clara, se alargó, fusionándolos emocionalmente poco a poco. Para cuando volvían a casa Sergio estaba totalmente atrapado por Ainara. Aunque no se había dado cuenta aún. La conversación no había cesado, por eso no era consciente de que estaba dispuesto a hipotecar su vida por ella. Pero todo se manifestó cuando tuvieron que separarse.*

- Lo he pasado bien – comentó Sergio un poco nervioso al sentirse más triste de lo que había pensado.*
- Sí, yo también. Toma mi teléfono. Llámame un día cualquiera, tomaremos un café o lo que sea.*

*Ella se lo dijo y él procuró retenerlo mentalmente. Se despidieron y él fue repitiendo aquella sucesión de números una y otra vez, hasta que llegó a casa y lo anotó.*

*Sí, había sido una noche que jamás podría olvidar. Una hermosa madrugada en la que caminando bajo las estrellas, como ahora, había sabido que Ainara era la mujer de su vida. En silencio Sergio mira el cielo, ve los astros hermosos y brillantes que a su vez parecen estar curioseando en él. Oye la brisa entre los árboles, y el crujido metálico que ocasionalmente penetra por sus oídos y que está empezando a inquietarle. Un murmullo se añade a esos sonidos, aún perdido, lejano, diluido e intermitente, pero presente. Mira las estrellas del cielo y empieza a no sentirse tan a gusto.*

*Mucho mejor se sintió el día en que llamó a Ainara y ella se mostró contenta y muy dispuesta a quedar con él. Se vieron en una afamada cafetería del centro de la ciudad.*

- Has tardado mucho en llamarme – dijo Ainara mostrándose divertidamente enfadada.*
- Tenía mis dudas de cuando hacerlo.*
- ¿Y por qué?*
- No sé, no quería parecer desesperado.*

*Ella se encogió de hombros con una expresión indefinible.*

- La verdad es que he sido un estúpido.*
- Yo no diría tanto pero un poco patoso sí.*
- Lo siento.*
- No te preocupes. Al final lo has hecho ¿no?*
- Sí.*
- Hablemos de otra cosa. De algo más interesante. ¿Qué haces?*
- He empezado a trabajar como vendedor de multipropiedad.*

- *¿Te gusta?*
- *No demasiado, depende de la actitud con la que vienen los clientes. Algunos vienen tratando de evitar que los estafen.*
- *¿No es así?*
- *No sé que decirte, vienen a recoger un premio que les ha tocado y un tío empieza a venderles algo que no consideraban ni tan siquiera una posibilidad. Por eso es importante la actitud que tome la gente. Si se ponen a la defensiva es muy difícil y si se ponen bordes llega a ser auténticamente insoportable.*
- *Yo me sentiría mal en un negocio así.*
- *Al principio me ocurría, pero necesitaba el trabajo. No tenía mucho donde escoger. Terminas por convencerte de que lo único que haces es vender un producto. Al fin y al cabo cobras en función de lo que vendes. Eso evita que te plantees otro tipo de cosas.*
- *¿Has pensado en dejarlo?*
- *Si tuviese otra alternativa.*
- *Búscala.*
- *¿La hay?*
- *Supongo que sí.*
- *Dejemos este tema. Háblame de ti. ¿Qué te gusta?*
- *Me encanta bailar, ir al cine, salir de marcha y también leer aunque hace mucho tiempo que no tengo un libro entre manos. ¿Y a ti?*
- *Tengo que reconocer que me gusta el fútbol, también salir de marcha, aunque no soy buen bailarín como pudiste comprobar. Me gusta el cine de acción y los deportes de riesgo.*
- *¿Qué guay, ¿has hecho puenting?*
- *Sí, pero prefiero volar en parapente. La sensación es menos intensa pero la disfruto mucho más tiempo.*
- *¡Vaya! Es una sorpresa no tienes pinta de eso.*
- *¿No? ¿Y de qué tengo pinta?*
- *No sé, no tienes imagen de deportista. No te veo haciendo descenso de cañones.*
- *Lo dices porque tengo un poco de barriga.*
- *No. Es que me ha sorprendido.*
- *Cualquier día vamos a hacer puenting tú y yo.*
- *Vale.*

*Un poco más tarde se marcharon y estuvieron cenando en un restaurante italiano. Una buena ración de pasta regada con un buen vino tinto. Salieron del local y, bajo las estrellas, algo que se estaba convirtiendo en una constante en su breve relación, se besaron. Algo que jamás olvidaría. Fueron a un hotel y pasaron la noche entrelazados bajo las sábanas.*

El murmullo ha crecido y se aprecia con mayor claridad devolviéndole de sus recuerdos a la visión del nocturno cielo estrellado. Lo percibe lejano pero continuo e incesante. Es un sonido agudo y cíclico. Vuelve a oírse el crujido metálico. Por primera vez intenta ver el objeto que lo produce pero le es físicamente imposible y se pregunta, por primera vez, por qué. Oye más murmullos a su alrededor que no consigue identificar. Empieza a ponerse nervioso.

*Casi tan intranquilo como cuando Ainara le transmitió su temor acerca de un posible embarazo. Sergio no había sabido como reaccionar y sin embargo lo había hecho. “Tranquila” le había dicho “puedes contar conmigo para lo que sea” pensó que había presupuesto la posibilidad del aborto y que ella a lo mejor no la había ni tan siquiera considerado.*

- *¿Qué hacemos? – dijo ella con la voz temblorosa*
- *Tienes que hacerte la prueba.*

*Fueron a una farmacia y compraron una prueba de embarazo. Ainara se hizo el test. Durante los minutos que pasaron hasta que el resultado estuvo ante sus ojos los vivieron con la boca seca y los nervios provocándoles malestar físico. Nauseas que a ella le hacían pensar cosas que agravaban la situación. NEGATIVO. Se sintieron aliviados por el resultado y al día siguiente le vino la regla.*

El viento empieza a soplar con más fuerza incrementando su sensación de frío. Las ramas de los árboles se agitan con más fuerza. El chirrido se hace cada vez más frecuente. Se introduce en su pabellón auditivo y le horada el tímpano. ¡Voces! Eso es lo que oía a su alrededor, y el murmullo cíclico se acerca más y más convirtiéndose en un aullido, un grito oscilante que le lleva de la intranquilidad al nerviosismo acentuado. Se pregunta dónde está, a lo que no puede responder. Trata de girarse para buscar a los dueños de aquellas voces para preguntarles qué ocurre. Pero no puede. ¿Dónde está? ¿Cómo ha llegado hasta allí? Pensar eso le hace abandonar el nerviosismo para albergar un incipiente miedo. Continúa mirando las estrellas y trata de tranquilizarse y recordar algo que le conteste a aquello que le corroe su cerebro.

*Ainara y él se habían sentado en un banco tras conocer aquel resultado. NEGATIVO, habían leído apenas unos segundos antes. Se habían desplomado sobre aquellas vetustas maderas con la pintura desvaída y descascarillada. Sus nervios se habían distendido al instante y les había atrapado un repentino agotamiento.*

- *Creo que han sido los peores momentos de mi vida – dijo Sergio mientras se frotaba el rostro.*
- *Yo estoy completamente segura.*
- *¿Que hubieras hecho?*
- *No lo sé. Pero ahora da igual.*
- *Sí. En cualquier caso no sé si hubiera sido el mejor momento para tener un hijo.*

*Ainara permaneció callada. Durante unos días se mantuvo alejada de Sergio. No había razón alguna para ello pero quería estar tranquila. Era lo que le apetecía. Sergio lo aceptó, aunque no llegaba a comprenderlo. Se sentía desplazado y, de un modo subliminal, acusado de lo ocurrido. No sabía por qué, aunque había decidido no hacer preguntas.*

Ahora, mientras el centelleo del firmamento le hiere los ojos, sí se hace preguntas. No alcanza a comprender lo que ocurre. La razón de aquellos ruidos. Supone que está en campo abierto pero no consigue recordar como ha llegado hasta allí ni para qué. El viento sopla con fuerza. El sonido metálico ya es repetitivo y el aullido empieza a ser atronador y a la vez claro. Es una sirena. Los murmullos de voces empiezan a llegarle claros, palabras nerviosas, tensas, ¿Hay alguien llorando? Mueve los ojos tratando de ver algo más que las constelaciones. Entonces ve a Ainara.

*Acababa de llegar a casa cuando el teléfono empezó a sonar con su timbre impaciente. Descolgó y a través del auricular se dirigió a quien llamaba con un breve vocablo.*

– ¿Sí?

*Desde el otro lado le habló Ainara, con su voz dulce le devolvió algo que había empezado a olvidar.*

– ¿Eres tú Sergio?  
– Sí, soy yo. ¿Qué tal estás?  
– Muy bien.

*Sergio no sabía si alegrarse por ello.*

– Me alegro.  
– ¿Te apetece ir al cine?

*Hablaba como si se hubiesen visto el día anterior. Eso era bueno aunque extraño.*

– Sí, me parece bien.  
– Me gustaría ver la nueva de Al Pacino. ¿Vamos a esa?  
– Vale. Parece que tiene que estar muy bien. Un compañero ha ido a verla y dice que le ha gustado mucho.  
– ¿Nos vemos dentro de media hora? Empieza a las diez.  
– Vale. Pasaré a recogerte.  
– Muy bien. Hasta ahora, cariño.  
– Adiós.

*“Hasta ahora. Cariño” En cierto modo le había parecido una conversación surrealista. Era como si las últimas dos semanas no hubieran existido. Al menos, ella había querido que fuera así. Y a él no le pareció mal. Se dio una ducha y fue a recogerla en su coche. Durante el trayecto hasta el cine hablaron animadamente. Sergio empezó a dudar acerca de la verdadera existencia de aquellas dos semanas de soledad. Entraron en la película y les pareció buena. Aunque tal vez no cubría las expectativas que tenían antes de verla. Salieron, fueron a cenar y celebrar, implícitamente, que todo había vuelto a la normalidad.*

Ainara le mira con los ojos fijos y desencajados, pero él comprende que aquellos ojos no ven nada. La cabeza está apoyada sobre una superficie gris, aunque en la oscuridad de la noche todo es del mismo color. Mana sangre de

su cabeza, resbalando por el cuero cabelludo y su cara. El aullido se detiene unos metros tras él. Ensordecedor. Destellos de color naranja llenan la oscuridad. Iluminan el objeto que emite aquel chirrido que le ha acompañado durante toda la noche. Vuelve la mirada hacia él objeto, lo hace con enorme dificultad y entonces lo comprende todo.

*Volvían a casa por la autovía. Había sido una noche genial. Un modo de volver a empezar que era muy agradable. Reían sintiéndose felices y afortunados. Sobre todo Sergio. Habían sellado aquella magnífica noche con un par de chupitos de tequila. Aún sentía en sus labios el sabor entremezclado de la sal, el tequila y el limón cuando devolvía la vista a la carretera tras embriagarse con la arrebatadora belleza de Ainara. Se sentía afortunado. Pero algo se había cruzado en la carretera. No supo identificar lo que era, tal vez solo una sombra. Dio un volantazo. Ainara gritó. El coche se lanzó contra la mediana y se inclinó. Sergio no tuvo tiempo de pensar. Apenas un segundo y todo se oscureció dejando atrás un estruendo de metal y cristales rotos. Luego abrió los ojos y observó las estrellas.*

Pero en realidad son las estrellas las que le miran a él. Hay gente que vocifera. Él está mirando la estructura de su vehículo destrozado, descansando en el asfalto sobre su techo, chirriando el metal cuando lo balancea el viento. Supone que han salido despedidos. Alguien aparece en su campo visual y le dice algo que no puede entender entre el ruido infernal de la sirena.

- No le oigo – dice con dificultad.
- ¿Puede sentir esto?

Sergio no sabe si tiene que sentir algo o no y eso es una muy mala señal. Aquel tipo hace señas a alguien que debe estar tras él. Aparecen dos personas con una camilla. Para subirle a ella le vuelcan y la ponen bajo él, después dejan descansar su cuerpo sobre ella. Le elevan y le introducen en una ambulancia.

- ¡Ainara! Atiéndanla por favor. Necesita ayuda. Tiene mucha sangre.
- No se preocupe. Está en buenas manos.

La puerta de la ambulancia se cierra. Sergio pierde el conocimiento.

Cuando por fin abre los ojos en aquella habitación de hospital le cuentan lo que ha pasado, como ha acabado todo. Hubiera preferido no despertar. Tiene que ver la vida desde una silla de ruedas que alguien deberá empujar porque él no puede mover ninguna parte de su cuerpo por debajo del cuello. Se pregunta por qué le ha ocurrido a él. Se arrepiente de tantas cosas... pero eso no son más que tonterías, la realidad es que él no era más que un cadáver que conserva dos cosas de los vivos. La vista, para ver como el resto del mundo continua viviendo y el cerebro, para sufrir preguntándose una y otra vez por qué no ha muerto junto a Ainara en aquella noche de verano en que le miraban las estrellas.

**FIN**